

EN EL OTRO BOLSILLO

LAURA
BALAGUÉ
GEA



erein

LAURA BALAGUÉ GEA

EN EL OTRO BOLSILLO

38

cosecha roja

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.

1.ª edición: septiembre de 2020

Diseño de la colección y portada:

Cristina Fernández

Maquetación:

Itxaropena

© Laura Balagué Gea

© EREIN. Donostia 2020

ISBN: 978-84-9109-642-9

D.L.: D 920/2020

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300

e-mail: erein@erein.eus

www.erein.eus

Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008

e-mail: itxaropena@itxaropena.net

www.itxaropena.net

LAURA BALAGUÉ GEA

EN EL OTRO BOLSILLO

erein

*Para Fede, Gloria, Luis y Paco.
Con hermanos así nunca te sientes sola.*

CAPÍTULO 1



Carmen miró con asombro la imagen de James Bond con una jeringuilla en la mano que, desde un inmenso cartel, proclamaba “Licencia para vacunar”. ¿De verdad conseguiría aquello que la gente se vacunase más contra la gripe? Los misterios de la publicidad eran insondables para ella. Fantaseó con la idea de una gripe que le permitiera permanecer unos días en su casa. No recordaba haber cogido nunca una baja, aparte de las maternas, pero en momentos así añoraba las enfermedades de la infancia, las de cama, Cola Cao y radio en la mesilla.

Sus anheladas vacaciones de septiembre en las que planeaba disfrutar a tope del festival de cine se habían suspendido. Le había tocado una inmersión total en el mundo del cine, pero, por desgracia, desde el punto de vista de una investigación criminal. Ahora se sentía cansada y el otoño le pesaba como una losa.

Intentó centrarse en el caso que la ocupaba y dejarse de lamentaciones. Habían aparcado en la avenida de Barcelona. Era un barrio muy nuevo, diez años quizás desde que se empezó a construir. Tenía edificios de viviendas de protección oficial y otros más lujosos que parecían convivir en armonía.

El centro de salud era nuevo, no demasiado grande, con fachada blanca y entrada acristalada. La puerta se abrió en cuanto se acercaron a ella. Los plásticos para paraguas se habían acabado y numerosos charcos mojaban el suelo. Las personas que estaban en la cola no parecían partidarias de los paragueros. Le llamó la atención la cantidad de gente que esperaba a ser atendida. Los teléfonos también sonaban incesantemente. Los que esperaban lanzaron miradas furibundas a Carmen cuando se acercó al mostrador, enseñó la placa y pidió hablar con la responsable del centro. La administrativa hizo una llamada y, dos minutos después, una mujer de unos cuarenta años se dirigió a ellos. Llevaba uniforme azul de enfermera y les propuso ir a un despacho.

El día había comenzado tristón, seguía lloviendo a mares. Era un martes que parecía lunes. La víspera habían recibido una llamada acerca de una mujer que no se había presentado al trabajo ni contestaba al teléfono. Cuando Aduriz accedió a su domicilio, la encontró muerta. En apariencia, la causa era un golpe recibido en la cabeza al chocarse contra una mesa baja de cristal. No estaba claro si se trataba de un accidente o de un

homicidio, pero los primeros pasos de la investigación estaban en marcha. La llamada de Luis Tejedor, su forense favorito, había acabado con las dudas. Todavía no habían realizado la autopsia; sin embargo, había signos evidentes de forcejeo que refutaban la idea de un accidente: hematomas en los brazos, un desgarrón en la blusa y una uña rota.

La víctima se llamaba Agustina Prados Fuciños, tenía cincuenta años y trabajaba como auxiliar de clínica en el centro de salud de Riberas de Loyola. Precisamente, fueron sus compañeras las que llamaron al 112. Les parecía extraño que la mujer no se hubiera presentado al trabajo sin dar una explicación y que no contestara al teléfono, ni al fijo ni al móvil.

Entraron en un despacho confortable y luminoso. Varias plantas, fotos de dos niñas y unos dibujos infantiles personalizaban el espacio amueblado en blanco. La calefacción estaba encendida y la temperatura era agradable. La mujer los invitó a tomar asiento y procedió a presentarse.

—Buenos días, soy Aitziber Zumeta. Es terrible lo de María, no me lo puedo quitar de la cabeza.

Carmen titubeó al oír el nombre.

—Venimos por Agustina, Agustina Prados.

—Sí, sí. Disculpe. Aquí todos la llamábamos María. El viernes estaba perfectamente. Era una mujer muy sana; no creo que hubiera cogido una baja en su vida. Y muy puntual. Nos dimos cuenta enseguida de que

se retrasaba. A primera hora trabajaba en la sala de extracciones de sangre: llamaba a los pacientes, etiquetaba los volantes y recogía las muestras. Siempre llegaba a las ocho menos cuarto y a las ocho empezaba con su rutina. Si ella no está, todo se retrasa. Me advirtieron las enfermeras y la llamé, pero no contestó. Decidí esperar un rato por si le había surgido algo o había dejado recado avisando de su ausencia. A media mañana comencé a preocuparme porque vivía sola y si le había pasado algo nadie se iba a enterar.

—¿No tenía familia aquí?

—No. Su padre murió hace un par de años y su hermano vive en Madrid. Pero espere, llamaré a Irati. Si alguien sabe algo, será ella.

Carmen se dedicó a observarla mientras hablaba por teléfono. Llevaba el pelo corto y tenía unos ojos grises preciosos. Era más bien delgada, con un aspecto enérgico y eficiente. A Carmen le parecía encontrar cada vez más gente joven en los puestos de mando. Probablemente era la edad adecuada y lo que sucedía es que se estaba haciendo vieja. La entrada de Irati interrumpió sus pensamientos. Aitziber la puso en antecedentes. La joven, pequeñita y con cara de muñeca, asintió al oír las preguntas.

—No, aquí no tiene —dudó un momento—, bueno, no tenía, a nadie. La madre murió siendo ella muy joven y el padre hace dos años. Tiene un hermano que vive en Madrid. Se llama José, está casado. Creo que la

cuñada se llama Pepi. Tienen unos mellizos de unos seis años, Aitana y Jaime –reflexionó unos segundos–, no estoy muy segura del nombre de la cuñada, podría ser Paqui. Los de los niños sí los sé porque hablaba mucho de ellos. Era lo único que sabíamos de su vida, era muy reservada. ¿De qué ha muerto?

–Un golpe en la cabeza. Todavía no sabemos seguro si fue un accidente o una agresión, pero les rogaría la máxima discreción.

–Claro, claro, por supuesto –dijo Aitziber.

–¿Una agresión? –intervino Irati–. Imposible. María no tenía amigos ni enemigos y era muy desconfiada, no creo que abriera la puerta de su casa a nadie.

–¿La conocía bien? –quiso saber Carmen.

–Nadie la conocía bien, ya le digo que era muy reservada. Muy trabajadora, puntual y ordenada, pero hablaba muy poco. En la pausa del café ella escuchaba lo que se decía, reía las bromas o comentaba algo del trabajo, pero nada personal. Solo hablaba de los sobrinos, los quería mucho y llevaba siempre fotos en el móvil, y, a veces, cuando quería hacerles un regalo, preguntaba a las que son madres. Alguna vez, comentaba salidas graciosas de los críos, pero, hasta eso, muy de vez en cuando.

–¿Cuánto tiempo llevaba trabajando aquí?

–Cuatro años. Desde que se abrió el centro –contestó Aitziber.

–Sí –intervino Irati–. Este es un centro muy nuevo y la mayoría del personal se incorporó a la vez, por lo

menos los que tienen plaza fija. Yo llevo dos años y uno de los médicos de tarde unos meses, pero los demás entraron cuando se abrió.

—Nos gustaría hablar con sus compañeros. Seremos breves, solo por si hizo algún comentario que nos pudiera dar alguna pista.

Aitziber Zumeta puso cara de preocupación. A Carmen no le sorprendió en absoluto, vista la cola de la entrada. Todo el mundo debía de estar atareadísimo.

—Quizás podamos encontrar un despacho adonde acudir por turnos, será un momento. Ya comprendo que les causamos un trastorno, pero es importante recoger toda la información disponible cuanto antes —dijo Carmen con voz amable pero firme.

—Claro, claro, por supuesto. Irati, acompáñalos a la biblioteca y luego ven para que organicemos los turnos.

Salieron detrás de la joven. Su cola de caballo se movía al ritmo del taconeo rápido de sus botas.

—Mejor subimos por las escaleras. Son dos pisos, pero el ascensor es muy lento.

Siguió charlando mientras subían y abrió con llave la puerta de la biblioteca.

—Ya comprendo que tiene que hablar con todos, pero me juego lo que quiera a que no saca nada. María era siempre correcta pero no intimaba con nadie.

Entraron en una habitación espaciosa, con una mesa de reuniones y unas sillas azules alrededor. A un

lado, una estantería que contenía libros y revistas de medicina. Unos amplios ventanales daban al río.

–Bueno, pues aquí las deixo. Voy a ayudar a la JUAP a organizar esto.

–¿Cómo la ha llamado? –preguntó Lorena.

Irati se echó a reír.

–JUAP, son las siglas de jefa de unidad de atención primaria, pero suena un poco raro.

–Una última cosa –dijo Carmen–. ¿Diría usted que María era apreciada? ¿Que era una buena compañera?

Irati pensó un momento antes de responder.

–Yo diría que era más respetada que apreciada. Ya le he dicho que era trabajadora y capaz, pero no inspiraba simpatía. Y buena compañera..., digamos que no se le podía reprochar nada, pero tampoco pedir favores. Por ejemplo, si se sorteaba un puente y te tocaba trabajar, a ella no podías pedirle un cambio, nunca aceptaba. Era de esas personas de “lo tuyo, tuyo, y lo mío, mío”. Nadie le pedía favores, pero, por otro lado, nunca se escaqueaba ni intentaba colocarle su trabajo a otro. No sé cómo decirlo: muy recta, pero un poco tiesa.

Carmen asintió.

–Lo ha explicado muy bien, gracias. ¿Cuántos trabajadores hay en el centro?

Irati empezó a contar con los dedos.

–Diez enfermeras, once médicos, cinco administrativos... una dentista, la matrona y dos limpiadoras, aunque son de una contrata.

La chica se despidió después de darles su extensión de teléfono por si necesitaban algo.

Mientras esperaba que subieran los primeros, Carmen contempló las vistas desde la ventana. Ese trozo del Urumea rodeado de árboles siempre le recordaba a Tom Sawyer y el Misisipi. El paseo junto al río le gustaba casi tanto como la bahía, y era mucho más tranquilo. Llamaron a la puerta. Suspiró y dijo:

–Adelante.

La rutina de la investigación comenzaba de nuevo: testigos, pruebas, secretos descubiertos, tazas de café y pinchos de tortilla. ¿Cómo de largo sería el camino hasta descubrir quién había matado a María Prados?

CAPÍTULO 2



Una pareja esperaba sentada en el pasillo frente al despacho de Carmen. El hombre era pequeño y delgado y la mujer más bien llenita, con un vestido ceñido y el pelo teñido de rubio peinado en una coleta tirante. Aduriz ya le había advertido de que el hermano de María Prados y su mujer la estaban esperando.

Les tendió la mano murmurando unas frases de condolencia y entraron en su despacho.

La pareja rechazó el café que les ofreció y Carmen comenzó su interrogatorio con delicadeza. El hombre tenía los ojos enrojecidos y estrujaba un pañuelo; la mujer estaba más tranquila, pero también parecía afectada.

—Siento muchísimo lo sucedido, y haber tenido que comunicarles tan mala noticia por teléfono. Comprendo que estén muy afectados, pero nos sería de gran ayuda que pudieran contestar a unas preguntas.

El hombre asintió con la cabeza y la mujer tomó la palabra.

—Pregunte lo que quiera. No creo que seamos de mucha ayuda porque no podemos imaginar quién ha querido hacer daño a mi cuñada. Serán esos albanokosovares que andan robando en las casas. Hasta en el pueblo han entrado a robar a varios ancianos...

Carmen interrumpió lo que parecía que iba a ser un discurso sobre la violencia de las mafias del este y se dirigió al hombre.

—José, ¿tenía mucho trato con su hermana?

—El normal. Nos llamábamos de vez en cuando; a veces venía a vernos a Madrid. Era la madrina de Aitana, nuestra niña. María estaba loca con los gemelos. Siempre estaba mandándoles cosas. La Navidad la pasaba con nosotros y en verano, a veces, coincidíamos unos días en una casita que arreglamos en el pueblo.

—¿De dónde son?

—De Marbán, en Ourense. Es del Concello de Castrelo do Val. Pero nos fuimos a Ourense cuando yo era chico.

El hombre hablaba con un fuerte acento gallego, aunque Carmen tenía idea de que llevaba años en Madrid.

—María era buenísima —continuó José—. Nos llevábamos diez años y a mí me hizo más de madre que de hermana. Nuestra madre murió cuando yo tenía tres años y ella me cuidó siempre. Era muy lista, más que yo, y convenció a padre de que nos fuéramos a Ourense para

que pudiéramos aprender un oficio. En el pueblo no había futuro. Ella empezó a trabajar con dieciséis años, pero, además, a la salida del trabajo acudía a una academia a prepararse para ser auxiliar. Quería que yo hiciera una carrera, pero yo no valgo para eso. Yo quería ser mecánico, siempre andaba cacharreando con los motores.

—¿Cuándo se vino a vivir aquí?

—Cuando comprobó que yo no quería estudiar, y que estaba empeñado con lo de ser mecánico, me mandó donde unos tíos maternos que teníamos en Madrid. Él tenía un taller y me enseñó el oficio. No tenían hijos y, desde que mi tío se jubiló, el taller lo llevo yo. Hasta tengo un par de chicos. Poco después de irme a Madrid, mi hermana oyó que aquí había trabajo y que pagaban más y se vino.

—Mi cuñada era muy echada para delante —intervino Paqui, que ya llevaba callada más rato del que parecía de su gusto—. Era la que los gobernaba a todos: a este, al padre... En cuanto tuvo trabajo aquí y el padre se jubiló, se lo trajo a vivir con ella. Cuando el hombre quedó impedido, le buscó una buena residencia. Pero iba a verlo todos los días, no se crea. Vivía en Herrera, hasta que le tocó el piso. Por cierto, ¿no podríamos quedarnos en su piso?

—Paqui, mujer —dijo el marido quejoso—. ¡En el sitio donde ha muerto mi hermana!

—Ya, hijo, pero ya es lástima, teniendo casa, estar pagando una pensión.

–Lo siento –intervino Carmen–. El piso no puede ocuparse ahora. Por el momento está precintado.

La mujer se encogió de hombros con resignación. Carmen siguió preguntando:

–¿Sabían quiénes eran sus amigos aquí? ¿Tenía pareja?

El hombre puso cara de desconcierto y miró a su mujer.

–Novios yo no le he conocido... Pero tampoco era de hablar mucho.

–Ni mucho ni poco –añadió la cuñada–. Siempre decía “si no quieres que algo se sepa, no lo cuentes a nadie”. Para mí demasiado, que una cosa es ser discreta y otra no soltar prenda.

–Bueno, Paqui –terció el marido–, mi hermana era reservada, pero eso no hacía mal a nadie.

–No, si yo de tu hermana no puedo decir nada malo, pero de su vida no tenemos ni idea. No habló nunca de novios, pero tampoco de amigas o de compañeras de trabajo. Te podía contar cosas como: me he cambiado de trabajo, me ha tocado un piso, pero poco más. Solo hablaba con los niños. A ellos les leía cuentos, se reía, les contaba historias del pueblo... Hubiera sido muy buena madre. No sé por qué no se casó.

–Hace años trabajaba mucho –dijo José–. Cuando se podían hacer horas extra, trabajaba festivos y lo que fuera por mandarle más dinero al padre. Luego trabajó en la residencia y en la consulta particular de un

médico. Y se ocupó mucho de nuestro padre. Tuvo poco tiempo para divertirse o para novios.

–Hijo –saltó su mujer–, tampoco hay que ser la Preysler para echarse un novio. Las demás también hemos trabajado y nos ha dado tiempo para ir a algún baile o a dar una vuelta con las amigas. ¿No he trabajado yo como una mula toda la vida? Pero ya me dio tiempo a conocerte en una verbena en las Vistillas.

Carmen intentó centrar de nuevo la conversación.

–¿Saben si tenía algún problema? ¿Estaba preocupada por algo?

Nuevas negativas y encogimientos de hombros la convencieron de que no era probable obtener más información de la pareja. Se despidió de ellos prometiendo llamarles en cuanto hablara con el forense y supiera cuándo podían celebrar el funeral.

Cuando el matrimonio abandonó su despacho, echó un vistazo rápido al móvil. Tenía un mensaje de su marido.

“Cenaremos pronto. Viene tu madre. ¿8:00 OK?”.

Miró el reloj. Eran las siete. Tecleó: “8:30”. Mikel respondió con un emoticono de un pulgar hacia arriba y escribió “ajoarriero”. Carmen empezó a salivar al pensar en la cena. Entre las muchas virtudes de su marido se contaba la de cocinar como los ángeles.

Salió de su despacho y se dirigió a los miembros de su equipo que estaban enfrascados en sus respectivos ordenadores.

—A ver, chicos. Vamos a juntarnos para recapitular qué tenemos y por dónde tiramos.

Se sentaron alrededor de una mesa y Fuentes fue el primero en hablar.

—Pues muy poca cosa, jefa. Esta tía era lo más formal, discreto y reservado del mundo. La han matado por sosa.

—¡Fuentes! —gritó Carmen. El estilo del suboficial la sacaba de quicio.

—No se sulfure, oficial, era una broma. Es que nadie dice nada, recuerda nada ni tiene nada que aportar.

—Es verdad —añadió Aduriz—. De los vecinos no hemos conseguido información. Era una vecina discreta, no hacía ruido, no recibía visitas, pagaba puntualmente y no iba a las reuniones de la comunidad.

—En eso le alabo el gusto —intervino Fuentes—. Suele ser un gallinero que mejor ahorrárselo.

Carmen consultó sus propias notas.

—De su trabajo tampoco hemos sacado gran cosa. No hablamos con detalle. Tenemos que dar otra vuelta, pero por ahora hay muy poca información relevante. Los administrativos, que, en teoría, tienen más trato con ella por compartir algunas tareas, no aportaron nada. Excepto Irati, una chica que parece muy observadora y que nos definió algo más los rasgos de carácter de María. Las enfermeras de mañana coincidían con ella a primera hora en la sala de extracciones de sangre. Todas opinan que era trabajadora y muy organizada, pero poca cosa

más. Las de tarde, por un estilo. Pasaban menos tiempo juntas, el turno es de una a ocho. Hay una enfermera, Miren, que trabajó con ella en el hospital hace años. Los médicos todavía tenían menos trato, con excepción de la dentista de niños. María llamaba a los pacientes, limpiaba el instrumental, ese tipo de cosas. Estaba encantada con ella; era rápida, eficiente y discreta. Además, dice que tenía mucha mano con los niños. Deberíamos charlar con ella con más calma.

—Es lo único personal que han dicho de ella —intervino Lorena— el cariño a los sobrinos, el buen trato a los niños...

—Sí —asintió Carmen—. Pero eso es muy poca cosa. ¡Todo el mundo tiene algún amigo, un confidente, alguien con quien hablar! No puede ser que nadie sepa nada de esta mujer.

—¿Qué tal le ha ido con el hermano y la cuñada? —preguntó Lorena.

—Más de lo mismo. Una mujer responsable y trabajadora, que se ocupó del padre y del hermano, pero no le conocen amigas, novios ni nada de su vida privada.

—A lo mejor sería bueno hablar con ellos por separado. Quizás la cuñada, si está sola, cuente algo más...

—Desde luego, charlatana lo es un rato. Igual mañana podáis ir Iñaki y tú y hablar con ellos por separado, con cualquier excusa.

—¿Y yo qué hago, jefa? —preguntó Fuentes.

Desgraciadamente, Carmen no había tenido tiempo de pensar en alguna tarea administrativa larga y solitaria para encargarle. La mujer consideraba a Fuentes una de esas cruces que pone la vida. Por lo demás, su equipo le parecía estupendo, pero la perfección no existe y sabía que podía darse por satisfecha con un único elemento discordante. Por lo que dijo con voz resignada:

—Usted vendrá conmigo al ambulatorio para hablar con la gente que la conocía un poco más. Luego nos pasaremos por la casa a ver si hay algo que nos dé una pista de en qué pasaba esta mujer su tiempo libre.

Cuando salió de comisaría seguía lloviendo con fuerza y aceptó la oferta de Aduriz de acercarla a su casa. El joven estaba más callado de lo habitual. Carmen supuso que tenía que ver con el chico que había ido a recoger a Lorena con una moto enorme. Ella, riendo, se puso el casco que le ofreció, como si fuera una espléndida tarde de verano para pasear en moto. A Carmen le daba pena Iñaki, pero veía muy dudoso que tuviera ninguna posibilidad con su compañera. Como tampoco se le ocurría ninguna frase de consuelo, que, además, le podía parecer intrusiva, decidió permanecer callada ella también.

Suspiró con alivio al entrar en su casa y notar el olor de la cena. La mesa estaba puesta y, sobre ella, en el centro, había una fuente de croquetas de las que hacía su madre. Carmen cogió una sin quitarse siquiera la gabardina.

—¡Son para la cena! —gritó su madre desde la cocina. Carmen casi se atragantó de la risa.

—¿Cómo puedes saber que he cogido una si no me has visto? —gritó con la boca llena.

—Porque llevas haciendo eso toda la vida de Dios. No puedes resistirte cuando ves una croqueta —refunfuñó la mujer, que venía secándose las manos en el delantal.

—¿Mikel te ha dejado entrar en su cocina? Has debido nombrarlo heredero universal...

—Mirentxu en mi cocina puede entrar siempre que quiera —dijo Mikel, que llegaba con una fuente en la mano—. De hecho, en mi cocina puede entrar cualquiera que sepa cocinar.

—Pues no pienso aprender —contestó Carmen—. Y, si tengo que cocinar, usaré la sartén de las tortillas para freír lomo y pimientos.

Satisfecha del escándalo que sus palabras provocaron, Carmen cogió otra croqueta y fue a dejar sus cosas en el dormitorio antes de sentarse a cenar.

El ajoarriero estaba riquísimo y Carmen disfrutó de ese primer momento de bienestar después de un día tan feo. Incluso Ander llegó a tiempo para cenar con ellos. Charlaron un rato del proyecto de viaje para ver a su hermano, de Erasmus en Lund y bastante aburrido en el otoño sueco.

—¡Hay que ver lo que viajan los jóvenes! —intervino la abuela—. Yo, cuando me casé, fui con tu padre a Palma

de Mallorca y luego nada hasta que tu hermana y tú me llevasteis a París.

–Igual en Semana Santa podemos organizar un viaje para ver a Gorka. ¿Te animarías, Miren?

–¡Uy!, no. Quita, quita... Con el frío que hará allí. Y ya sabéis que no me gustan los aviones. Pero voy a poder ver a Gorka enseguida. Me he apuntado a un curso de internet para mayores de sesenta y cinco en la casa de cultura y me van a enseñar una cosa que se llama Skype para hablar gratis y viendo la cara y todo.

Carmen miró a su madre. Aquella mujer nunca dejaría de sorprenderla.

–Pero, ama. Tú no tienes ordenador.

–No, pero Glenda sí y me ha dicho que me lo dejará. Y, si luego me aficiono, Ander me buscará uno barato, ¿a que sí?

–Claro que sí. Eres la amona más moderna del mundo. Mis colegas van a flipar.

Carmen recordaba la crisis del mes anterior, cuando su madre estaba empeñada en despedir a Glenda porque insistía en que ella no necesitaba cuidadora. ¡Y ahora iban a compartir ordenador! Debería pasar más tiempo con la familia; si no, cualquier día descubriría que Mikel se había apuntado a bailes de salón.